

REVISTA GADITANA.

Número 37.

LA EMPRESA

DE LA

REVISTA GADITANA.

A LOS SUSCRITORES.

La REVISTA GADITANA se seguirá publicando con el título de ANDALUZA, y con mejoras tan notables como se echa de ver en el adjunto PROSPECTO.

Favorecido este periódico por un número tan crecido de suscritores que excedió con mucho de nuestras esperanzas, era obligación nuestra cumplir con celo y con empeño todas las promesas que habíamos hecho.

La REVISTA GADITANA insertó en los primeros meses de su publicación un gran número de artículos, de cuyo mérito solo corresponde juzgar al público; pero que contenían ciertamente nociones útiles, pensamientos fecundos, ideas de provechosa aplicación para los intereses materiales de esta provincia.

Fuerza es confesar, que en estos últimos meses han estado como en sus-

penso nuestras tareas: el celo de la empresa y los buenos deseos de sus colaboradores se hubieran estrellado contra obstáculos invencibles y desde entonces pusimos todas nuestras esperanzas en dar una nueva forma al periódico. Creemos de nuestro deber explicar con verdad y con franqueza, en lo que han consistido estos obstáculos.

Comenzó á ver la luz pública nuestra REVISTA en momentos de agradable recuerdo: acababa de tener término la lucha prolongada y sangrienta de las provincias del Norte: persuadidos, ó por lo ménos alucinados, los partidos con suceso tan memorable, creyeron que era llegado el último día de sus disensiones. Nuestros lectores deben tener presente la memoria de dos abrazos: el uno fué el de los militares de uno y otro ejército en Vergara: el otro el que se dieron con peor fé, ó por lo ménos con peor resultado, nuestros hombres políticos en el salón de las Cortes.

Cualquiera que hayan sido los acontecimientos posteriores, y por breve y momentánea que pudiese ser la influencia de aquella reconciliación aparente, no carecía de algún fundamento la esperanza que alimentaban muchos, de ver

concluidas, ó suavizadas por lo ménos, nuestras discordias políticas. No era de presumir que comenzase desde aquel día una absoluta y universal conformidad de opiniones: pero al ménos parecía probable, que al par de los grandes peligros y las terribles alternativas de la guerra, hubiese tenido término el furor y encono de los rencores políticos. Así lo hacían creíble las apariencias y lo persuadía el deseo.

Estas doradas esperanzas han quedado desvanecidas á influjo de una triste experiencia. Las pasiones de los partidos han continuado dando pávulo á sus eternas y perniciosas desavenencias, y lo que es peor aun, han convertido en cuestiones de bandería las que por su esencia no lo eran sino de interes y conveniencia pública. ¿Ha sido mirada la ley de Ayuntamientos como el medio indispensable y urgente de restablecer el orden y la armonía en nuestra desconcertada administracion? Se ha tratado de dar á estas cuestiones una solucion acomodada á los públicos intereses? ¿No las hemos visto convertidas por muchos en rencillas de amor propio, y miradas como oportuno y escelente arbitrio por unos de aumentar su popularidad, y por otros de afianzar su influencia? ¿Y no ha llegado á ser el diezmo, esa grave cuestion que abraza los intereses del culto y los de la Hacienda, el campo de Agramante de los partidos?

De este modo era imposible llevar á cabo el propósito que anunciamos á nuestros lectores en el PROSPECTO de esta Revista.

Quisimos separar las cuestiones po-

líticas, entendiendo por este nombre las rencillas de los partidos y los mezquinos intereses de pandillas, y nombres propios, de los asuntos de conveniencia social, de los intereses materiales de los pueblos, de los importantes debates de organizacion administrativa, legislacion civil ó penal y de Hacienda.

Era nuestro ánimo ocuparnos esclusivamente de estos últimos, apartando los debates políticos de nuestra memoria. Pero confundidos y mezclados unos con otros por la obstinacion de los partidos, hacemos jueces á nuestros suscritores, y sujetamos al arbitrio de su imparcialidad, si era posible llevar á cabo nuestros proyectos.

Si hubiéramos fijado nuestra atencion en las cuestiones que todos tienen olvidadas, cuya solucion está lejana, y que no presentan por consiguiente ningun interes de oportunidad, y hubiésemos consagrado á su esclarecimiento las columnas de esta REVISTA, de pocos hubiéramos sido leídos, y por casi todos censurados.

Al hablar, por el contrario, de los graves asuntos cuya solucion está inmediata, y en que todo se ocupan é interesan; al tratar, por ejemplo, del diezmo ó de los Ayuntamientos, ó de otras materias de esta especie, que pertenecen ahora, por desgracia, al dominio de la política, habiamos de rozarnos por fuerza, con las prevenciones y con discordias antiguas: y este era precisamente el peligro de que huíamos con mayor esmero, tanto por precision, como por interes y por deseo de cumplir lo ofrecido.

Por precision; puesto que las circunstancias de nuestro periódico nos impedian tratar de política, á ménos de incurrir en responsabilidad legal.

Por interes, tambien, porque la enenistad siempre en acecho, hubiera atribuido cada una de nuestras opiniones, cada una de nuestras palabras, no á la sinceridad de nuestro convencimiento, sino á las mas ruines y despreciables miras; á los fines mas innobles; á simpatias y á odios que están igualmente distantes de influir en nuestros pensamientos ni en nuestras acciones: ¡suerte irremediable de los que escriben para el público como nosotros, en un pueblo, donde las disensiones políticas envenenadas de una manera increíble, son á los ojos de todo el mundo cuestiones puramente personales!

Nuestra REVISTA ha adquirido un círculo mas estenso de publicidad; escrita igualmente para todas las provincias de Andalucía. creemos habernos libertado de estas penosísimas y repugnantes suposiciones.

Cumplido los requisitos necesarios, nuestro periódico, sin ser la bandera de un partido, será, cuando fuere necesario, un PERIODICO POLITICO.

Se ocupará la Revista Andaluza de las grandes cuestiones de organizacion social y administrativa, prefiriendo aquellas que tengan el interes de la oportunidad, y prescindiendo completamente de toda mira de personalidad ó bandería.

Si porque profesamos el mas profundo respeto á todos los intereses creados, y á los derechos existentes, nos tienen por *conservadores*, ó moderados; si

á causa de vernos abogar por los adelantos y mejoras sociales que sean conciliables con el orden público nos llaman *progresistas*; ó bien si al vernos prescindir en un todo de las antiguas doctrinas de los bandos ya conocidos, nos suponen deseosos de formar un tercer *partido*, en buen hora sea. Confiamos á la esperiencia y al tiempo, el desvanecimiento de tan errados cálculos, y aseguramos á los lectores que quieren tener fé en nuestras palabras, que ninguna mira política nos conduce.

Los que hemos sido escritores de la REVISTA GADITANA, tenemos un deber especialísimo que cumplir: defenderemos en las columnas de la REVISTA ANDALUZA con celo, con esmero y con perseverancia los intereses de Cádiz y de su provincia.

Demostremos con evidencia, que el tráfico comercial de las ciudades marítimas y la industria agrícola de todas estas provincias, están estrechamente unidos por unos mismos intereses.

Uno debe ser su empeño: una la reforma en que funden todas sus esperanzas de bienestar, y de prosperidad. La esplicacion de esta unidad de intereses, la demostracion de la conveniencia para el tráfico y la agricultura de esta reforma, será la principal mira de los escritores de la REVISTA ANDALUZA. En ella tendrán un lugar esclusivamente consagrado, las ocurrencias y los intereses locales de la provincia de Cádiz.

LOLLIA PAULINA.

Triste y meditabundo permanencia por largo rato, el ilustre romano Cornelio Cetege en su palacio de la Via Sacra, revelando en sus pálidas facciones que su corazón se hallaba oprimido por la melancolía.

El sensible, el tierno, el melancólico Cornelio era bien diferente de esos amantes conquistadores, que escalan los corazones á par que las ventanas. Para él, amar era soñar de una manera mas dulce. Acaso habia en sus afectos algo de aquellos vapores lejanos que sombrean los paisajes y que dan poesia á la realidad y grandeza á lo posible. Preferia en sus pasiones lo futuro á lo presente, lo que promete á lo que dá, y en el fondo de su alma encerraba un tesoro de ilusiones, y por consiguiente de felicidad. Su único anhelo era tener objetos que amar á su sabor, con su cabeza, con su corazon, con su naturaleza impresionable y expansiva; y las mugeres eran para él cual esas flores del mes de Mayo, en cuyas suaves corolas ligian las arañas de los campos el cabó de sus telas.

Cornelio habia pasado su juventud en las escuelas de Atenas, recibiendo lecciones de los gramáticos, retóricos y filósofos, y habia regresado á Roma embebido en la abstraccion de las ideas y en la sutileza de los sentimientos. Aunque rico y de la ilustre estirpe de los Cettegos, que databa del tiempo de las guerras púnicas, alternaba poco con la nobleza jóven de su tiempo y despreciaba altamente las carreras de carros ó de caballos, y las riñas ó combates de gallos y de codornices, que hacian entóuces las delicias de la indolente Roma. Cettego confesaba sonriéndose que jamas habia sabido dirigir una cuadriga á distancia de un hipodromo, y que nunca habia podido diferenciar una jaca de Macedonia de un caballo de Apameo. Añadia tambien que antiguamente los nobles se dedicaban á la poesia y á la historia, y dejaban las cuadras á sus esclavos: que Noevio, Lunio y Caton eran literatos muy ilustres y muy torpes cocheros, y solo se habia visto á los cómicos y siervos dirigir el imperio y ocuparse en lo concerniente á la nobleza, desde que los nobles dirigian los caballos y hacian lo que era propio de los siervos de los cómicos.

Un dia en que habia asistido al circo de Nerón, situado al pié del monte Vaticano para presenciar una carrera de caballos en la que la faccion de los Verdes habia batido completamente á la faccion de los Azules, repetia con entusiasmo sus paradojas habituales contra el gusto de la nobleza de su tiempo, cuando advirtió que

sus criticas, á la verdad muy picantes, hacian sonreir á una Vestal que se hallaba en el lugar de las augustas religio-sas, y que de vez en cuando le arrojaba algunas miradas como felicitándole por sus palabras. Cornelio que no habia parado la consideracion en mas sonrisas que en las que las diosas dirigian á los dioses en Homero, y que solo habia visto en sueños, fijarse en él dulcemente los ojos de una muger, sintió derretirse de placer su corazon y desgarrarse su alma á causa de la divina sonrisa Lollia Paulina.

Hija de Marco Lollio, de raza consular y triunfal, y nieta de aquella hermosa é ilustre romana del mismo nombre, que pretendió la mano del emperador Claudio, despues de la muerte de Mialina, Lollia Paula habia sido elegida para Vestal por el Sumo Pontífice, á la edad de seis años, como era de costumbre. En su noviciado, que duró hasta los diez años, fué instruida en los ritos del sacerdocio, sin que llegara á desarrollarse en ella otra vocacion contraria. A los diez años dejó de ser novicia para ser sacerdotisa, hasta los veinte. El nombre de amada que todas las jóvenes vestales tomaban al entrar en la órden, le parecia muy venerable; pero ella hubiera preferido mejor ser una simple matrona romana y poder correr sin lictores á presenciar las carreras de carros y los combates de codornices que eran mucho mas de su gusto.

A los veinte años, cesó de oficiar en las ceremonias para instruir á las jóvenes novicias; y aun tenia que sufrir con paciencia en santidad durante cuatro años, el dia en que lanzó al sensible Cornelio aquella mirada fatal y fascinadora que decidió de su vida.

Las vestales quedaban libres de su voto á los treinta años y podian casarse. Lollia Paulina, ofrecida por su padre al colegio cuando aun era niña, no se proponia seguir en servicio de la diosa mas allá del término de los decretos pontificios, y aun se consideraba ántes de tiempo, como perteneciente á aquel mundo brillante del patrio romano, en que iba á entrar, y sus ojos impacientes buscaban en él el lugar que le correspondia.

Lollia Paulina poseia aquel encanto insinuante y vencedor que el Otoño de la juventud da á las mugeres hermosas. Porque la belleza se adquiere así como el talento.

A los diez y ocho años aun no la comprenden bien las mugeres; pero á los veinte ya conocen mejor su armonía, su sentido y su poder. Jamas las muy jóvenes encendieron vehementes pasiones. Elena estaba ya casada, cuando París la robó y Cleopatra era ya anciana cuando Antonio jugó y perdió por complacerla la mitad del mundo, juntamente con su vida.

En todo el imperio romano habia una muger que pudiese inflamar mejos que Lollia Paulina la imaginacion casta á la par que ardiente de Cornelio. Su cualidad de Vestal le permitia salir por la ciudad sin velo, como las matronas, y las severas reglas de la órden le prohibian la sociedad mundana pasada cierta hora del día. Una mitad de su vida era brillo y esplendor, la otra mitad misterio; ora vivia con los hombres, ora con los dioses, adorada de los unos, adorando á los otros; naturaleza semi-humana, semi-celeste que reunia las pasiones de la tierra á la pureza del Cielo.

Cornelio Cethego se inclinó insensiblemente á Lollia Paulina, y la confesó sus pensamientos, su afecto, su vida: el rumor de esta estraña pasion cantada por Cornelio en estrofas alegóricas, que en vano disimulaban el ardor sacrilego, se esparció rápidamente hasta el interior de los gymnasios; y las venerables nodrizas que tenian á su cargo la custodia de los niños, cantaron con voz trémula á sus jóvenes alumnas misteriosos elogios sobre la Vestal Minuha cuya coqueteria condujo antiguamente al crimen, y á quien se habia oido gemir repetidas noches desde su tumba, bajo las losas de la Puerta Colina.

Cuatro años se habian pasado sin que Cornelio tuviese otro pensamiento que el amor de Lollia. Los poetas acostumbraban á celebrar, bajo nombres supuestos, las mugeres que amaban. La Lesbica de Catulo ocultaba el nombre de Clodia, la Cynthia de Ropercio el de Hostia, la Delia de Tibulo el de Planza. Cornelio publicó una multitud de apasionadas odas dirigidas á la bella Vestal, designada misteriosamente por el nombre de Flora, que era la apelacion sagrada que se daba á Roma en la teología de los pontífices.

Llegó en fin el dia en que Paulina quedó libre de sus votos, y Cornelio, para quien su amor habia sido un manantial de poéticas inspiraciones, se halló inquieto y vagamente aterrado; al llegar este dia

que tanto habia anhelado durante cuatro años. Cornelio amaba con entusiasmo á Paulina, pero se habia acostumbrado á ver en ella una musa, mas bien que una muger; y su amor era ménos un deseo que una adoracion.

El sacerdocio producía en las Vestales el efecto de emanciparse, por la consagracion, de la autoridad paternal, y Lollia, libre ya de sus votos, quedaba por lo mismo independiente. Su carácter le habia sustraído tambien á aquella tutela perpétua de la familia, que las demas mugeres sufrían hasta la muerte, y solo de su voluntad tenia que obtener Cornelio su mano. Lollia, hisongeada con el amor delicado y entusiasta de Cornelio, esperaba su demanda; pero los dias se pasaron. Cornelio continuó componiendo odas, no la habló palabra, y el orgullo de Lollia se sintió herido. Habia pasado la flor de sus años en las prácticas religiosas, y ahora comenzaba á anegarse en los placeres del mundo; volviendo á presenciar los combates de los gladiadores con el rugido de los leones, concurría á las devociones de los templos, y por la noche á los jardines del monte Pincio, con resfulgentes antorchas que estrellaban el firmamento de los cielos. Admiróse Cornelio de esta febril avidez con que devoraba los placeres; motejó á Lollia las blondas cabelleras que unia á la suya, y que la atraian las miradas de los elegantes; los dos círculos de carmin con que coloraba sus mejillas, y la viva admiracion que mostraba en los circos, durante la lucha de las facciones.

Esta oposicion de gustos, manifestada en epigramas y en disputas, alteró la encantadora serenidad de las antiguas relaciones entre Cornelio y Lollia. Cornelio queria soñar, y Lollia brillar; él era muger. Acordábase Lollia de aquel Cornelio tan tímido, tan sumiso en otro tiempo, y suspiraba. Acordábase Cornelio de aquella antigua Lollia tan sencilla, tan pura y no podia ménos de llorar. Ella habia perdido su musa.

En tanto, el senador Publio Cornelio Secularis obtuvo el cargo de edil. Publio no era joven, vivo ni agraciado; pero era rico y se manifestaba vivamente apasionado de las suntuosidades y profesiones esterores. Para celebrar su promocion, dió juegos que duraron tres dias. Anhelaba ascender al consulado; pero era soltero, y Galiano le habia objetado las leyes de Augusto sobre

el celibato de los grandes dignatarios. En virtud de esto pensó en casarse, y la afamada belleza de Lollia Paulina no le dejó libertad para elegir otra esposa. Pidióla su mano precisamente la víspera del día en que se principiaban los juegos, y Lollia, que se hallaba á la sazón enemistada con Cornelio, por que no le dejaba asistir á las danzas jónicas, pidió tiempo para meditar la respuesta.

Los juegos escudieron en magnificencia á las mas suntuosas fiestas imperiales. Treientos gladiadores perecieron en ellos, y fueron muertos siete leones á flechazos. En las carreras de caballos, que se celebraron al siguiente día, ganaron el premio contra la faccion Roja, que pertenecía á Publio Cornelio Secularis. Su excelencia hizo homenaje de los vencedores á Lollia que se mostró muy reconocida. Al siguiente día se verificaron riñas de gallos y de codornices, en el recinto del gran circo. Dos gallos de Publio Cornelio Secularis, coronados con hermosos caperuzones de púrpura y calzados con espuelas de oro, hicieron trozos los rivales que se les presentaron; y todas sus codornices salieron tambien victoriosas. Su Excelencia mandó encerrar á sus emplumados gladiadores en magníficas y grandes jaulas que tenia en sus jardines del monte Celio, y se los ofreció tambien á Lollia con su palacio, su fortuna y su persona.

Lollia Paulina, fascinada con la fama de estas fiestas, deslumbrada con el brillo de una vida de lujo y de fausto, aceptó sus ofertas, y dos dias despues, se verificó el matrimonio en el altar de los dioses penates de Publio Cornelio Secularis, segun el rito de la confarreacion, que pertenecía al derecho canónico de las familias patricias y sacerdotales.

Cornelio Cethego se hallaba en su palacio de la Via Sacra, repasando una oda en versos sáficos, dirigida á Lollia, en la cual le decia que era necesario vivir en paz para ser dichosos y perdonarse sus faltas para amarse, cuando fué á verle su amigo Julio Serrano y le preguntó inocentemente qué pensaba de aquel matrimonio.

De qué matrimonio! dijo Cornelio.

Oh! Por Castor y Pollux! de qué matrimonio quieres que te hable, respondió Julio Serrano, sino del de Lollia?

Lollia se ha casado? replicó Cornelio, me honras demasiado si me tomas por

Edipo, no entiendo lo que dices.

No lo entiendes? gritó Serrano, por Jupiter! mira este puñado de nueces que me han traído de la boda: el Edil me las ha enviado esta mañana. Me parece que ahora me eróeras; y diciendo esto arrojó las nueces á el mosaico de la misma estancia.

Tremul y pálido Cornelio, se acordó entonces de los obsequios que Publio Cornelio Secularis mostraba á Lollia. Su alma cándida y amorosa se desgarró al pensar en este abandono. Julio Serrano, que le creia instruido de todo, le apretó la mano conmovido, y le pidió perdon por haber sido el funesto mensajero de tan fatal noticia.

Ya lo sabia, respondió con dulzura Cornelio para calmar el dolor de su amigo, y quizá tambien para dejar en buen lugar á ese demonio familiar del amor propio que habita en lo interior de las almas grandes. Espérame esta tarde, al ponerse el Sol, en el pórtico de Octavio, y de allí iremos á cenar en alegre compañía á la taberna de Neron, en el puente de Milvis.

Luego que se marchó Julio Serrano, sentóse Cornelio, triste, silencioso y abatido; inclinó su cabeza ocultando el rostro entre sus manos, y permaneció así por unos instantes; en breve, un movimiento convulsivo y terrible hizo latir penosamente su pecho, y prorumpió en sollozos y suspiros. Llegada la tarde, acudió al elegante pórtico de Octavio; los jóvenes patricios que allí paseaban, disputando con retóricos y poetas, afectaron no advertir la desesperacion que brillaba al traves de su aparente alegría.

Durante dos años llevó Cornelio una vida sombría y solitaria. La poesia tan dulce en otro tiempo para él, cuando dirigia sus versos á una muger amada, le parecia cansada y fastidiosa. Quiso volver á Grecia; pero pareciéndole su Cielo frio y nebuloso, regresó á Roma. Los anuncios de juegos y carrera en los circos escitaban en él una irritacion profunda: no osaba asistir á ellos, temiendo encontrar á Lollia. No obstante, un dia, no pudiendo resistir mas aquella especie de sitio que la memoria de una muger amada ponía en toruno suyo, fatigado de no poder asistir á los lugares donde se encontraba, de no poder pasar por las calles donde la veía pasar, resolvió probar hasta qué punto el an-

tigo é irresistible imperio de Lollia dominaba aun su alma, y se marchó al circo de Neron, donde se verificaba una lucha entre la faccion Blanca y la faccion Verde. Fué á colocarse en las gradas de los senadores, sin atreverse á mirar en torno suyo, hasta que hallándose mas animado, buscó á Lollia con sus miradas bajo el dosel ó pabellon consular; la vió bella y encantadora como siempre; pero no experimentó su corazon el violento estremecimiento que esperaba, y se marchó lleno de júbilo.

Cornelio entraba en la convalescencia de las almas destrozadas, mucho mas lentas que la convalescencia del cuerpo. Aquellos á quienes los padecimientos han retenido por mucho tiempo en la inaccion y las tinieblas, consideran como perdidos y borrados de la existencia los largos días que han pasado sin paseos y sin Sol; por eso Cornelio consideraba como borrados del libro de su vida, los dos años de aniquilamiento y de estupor moral, durante los cuales nada habia amado; y saludaba con éstas la calma naciente y los deseos inciertos aun de su alma ya despierta, cual saluda un enfermo la primera golondrina precursora de la Primavera.

Una tarde bajaba de los jardines de Mecenas hacia la via Libiana, solo, inclinada la frente, soñando á pesar suyo nuevos amores. No habia observado una litera dorada, conducida por cuatro moros, y seguida de criados con ricas libreas, y caminando á sus puertas dos esclavos de Frigia, que hacian aire con ramos de olivo, empapados en agua de rosa, á una mujer blandamente echada en el interior y cuyos ojos parecian mirar á las estrellas por encima del monte Aquilino. Este encuentro misterioso que tan bien conformaba con sus pensamientos, le hirió vivamente. Acercóse cuanto le permitieron las sombras á ver esta mujer desconocida, para distinguir sus facciones. Vió su manto de oro, signo de las matronas, y su velo corto, señal de las esposas. Su atencion habia sido notada por los esclavos que se mostraban celosos por el honor de su señora, cuando esta asomó el rostro á la puerta de la litera, y levantó el velo para ver al curioso que tanto la miraba. Cornelio retrocedió sobrecogido, reteniendo apenas una exclamacion de sorpresa. Era Lollia.

Ya estoy curado! dijo entre sí Corne-

lio. He andado un rato á su lado, la he mirado, casi la he insultado, con mi atencion y no la he reconocido; en otro tiempo adivinaba su venida sin verla. Oh! ya no la amo. Despues siguió con la vista la litera que se alejaba y que desapareció al fin detras de la columna del anfiteatro de Vespasiano.

Un día que se hallaba Cornelio triste y meditabundo sin determinarse á acudir á una cita de unos amigos suyos en el Pórtico Octaviano, entró su criada y le entregó una carta. Era de Lollia. Esta carta era muy larga y Cornelio la leyó sin inmutarse el semblante. Lollia Paulina le pedia en ella perdon de los disgustos que le habia causado. Atribuia á despecho la súbita resolusion de su fatal matrimonio y decia á Cornelio que siempre le habia amado. Recordábale los felices años de su amor tan vivo y tan puro, y le decia que si supiera lo desgraciada que era, la compadecería sin duda. Finalmente le suplicaba que olvidase el daño que le habia causado y que la esperase á la mañana siguiente en los jardines de Mecenas.

Cornelio en cuanto la leyó, pensó en contestarla, y paseándose con precipitacion por su estancia coordinó sus ideas, y despues escribió á Lollia la carta siguiente.

«No, Lollia, no me esperéis mañana en los jardines de Mecenas; volver á lo que pasó ya no es posible; no, vos no habeis mudado de carácter. En otro tiempo fué una fantasía de nuestra alma hacer en mí el ensayo de la desesperacion; ahora es otra fantasía hacer el ensayo de la misericordia. Entónces nada habia hecho para ser afligido, tampoco he hecho hoy nada para ser consolado; quereis anudar por un capricho un lazo desatado por un capricho tambien? ya veis que vuestro genio es el mismo.

«Sí, yo os he adorado con puro y ardiente amor por muchos años, sin conocer, sin esperar nada de vos. Os he amado con vehemencia, con respeto, con resignacion, como se ama lo que no se conoce, y como se ama lo imposible. Cuando pasabais ante mis ojos, elevaba hacia vos los sentimientos mas nobles de mi alma, y yo no experimentaba sorpresa alguna, ningun despecho al veros desaparecer; porque os miraba cual miramos á las estrellas, sin irritarnos por no poderlas poseer.

«Cuando un día, despues de haber comprendido, y puesto á prueba este largo afecto, os vino la idea de tener piedad de mí, y cuando vuestra mirada dulcemente fija en mi rostro me dijo espera y confia; os amé, Lollia, como se aman las cosas inesperadas y tan altas que la mas atrevida ambicion no se estraña de no conseguir las. Vos sustitisteis á las pasiones muertas de mi vida, otras con que no habia contado. Habia perdido á mi padre, que comprendia los esfuerzos de mi pensamiento; habia perdido á mi madre que entendia las penas de mi corazon; vos sola, tal vez, será impiedad decirlo, vos sola me volvisteis mas de lo que habia perdido, porque vos teniais la inteligencia del uno, la bondad de la otra, y mas juventud y gracia que ámbos. Considerad cual os amaria yo! oh Lollia! ved que ternura habeis eslinguido, que corazon habeis desgarrado!

«Ahora quereis que os perdone! Oh! cuan imprudente sois, jamas comprendeis la crueldad del mal que causais, ni la imposibilidad de la reparacion que ofreceis. Quereis que os perdone Lollia? mas perdonar á alguno es darle la cólera y el odio que se le tiene, y yo no tengo cólera contra vos. Os he amado mucho tiempo, os he compadecido siempre; pero jamas os he odiado, solo las almas bajas pueden odiar á quien han amado aun por un solo día. No debiais haber implorado el perdon de vuestras faltas, Lollia, ni su olvido, y como quereis que olvide que me habeis engañado?

«Lollia, yo no amaba únicamente en vos la hermosura de vuestro cuerpo, amaba tambien su pureza, amaba vuestra alma, donde no habia penetrado mas pensamiento antes que el mio, el pensamiento del deber y del temor á los Dioses. He amado, he llorado y compadecido á la jóven vírgen, ante quien todos inclinaban la frente, ante quien era muda la calumnia y todos los corazones se conmovian; pero no amo, no lloro, ni conozco á la matrona que corre rodeada de esclavos y en su brillante litera á las fiestas; yo no amo, no compadezco, ni conozco á la muger del cónsul.

«Oh Lollia, si fuera posible, lo que ni los dioses pueden hacer, que lo que fué no haya sido; si fuera posible volverme á aquella muger casta y venerada de otro tiempo, á cuya vista mi imaginacion nada

creia bello, augusto, ni amable, no hubierais tenido que mover vos las cenizas de nuestros estinguidos afectos; me hubiera arrastrado á vuestras plantas, con lágrimas en los ojos, con sollozos en la voz, con desesperacion en el alma, y os hubiera dicho. Oh Lollia! mi tesoro! mi vida! permitidme aun que os me!

«Pero es imposible, ya lo veis. Aun cuando todo el mundo ignorase vuestra falta, ya lo sabia y me bastaba.

«Así, Lollia, todo concluyó. Ambos hemos muerto el uno para el otro. Si nos encontramos alguna vez, permaneceremos sombríos y silenciosos como unas sombras. Nuestras almas eran de otro mundo, nuestros cuerpos son de este.

«Adios tú, vírgen pura; adios grato recuerdo de una época desvanecida; vos quedareis sepultada y embalsamada en mi corazon, mejor que en el cinamomo; pero á vos, Lollia Paulina, á vos matrona que me habeis engañado, y que en vano os arrepentis, repito que no os amo.»

Cornelio selló esta carta con su anillo y la mandó llevar á Lollia. Como el calor bajaba con el día, hizo preparar su litera y fué á unirse con sus amigos que le esperaban en el pórtico de Octavio.

MARIA.

(Conclusion.)

IV.

LA MUERTE.

Dificil me seria piotar la consternacion y el llanto de la familia del jóven C. al verle herido; y prescindiendo de los naturales sentimientos que causó tan funesta é inesperada desgracia, solo diré que los médicos inspeccionaron la herida y la calificaron de grave.—Desde entónces ni un solo instante me separé del lado de mi amigo.—Acometióle una fuerte accesion de calentura, originada

por los agudos dolores de su herida, que iba consumiéndose por momentos su vida.—Durante aquella triste tarde estuvo combatida su imaginación por un extraordinario delirio, en medio del que proferían sus ardorosos labios el nombre de su tierna amante.—Al anoecer, á aquella violenta y abrasadora agitación, sucedió una calma engañosa; sin dársele la intensidad del mal había agotado ya en tan pocas horas todas sus fuerzas, y sumergídale en un estado de mortal abyección.—En aquel momento en que su mente estaba bastante tranquila, reconocí lo triste y peligroso de su situación, y por lo tanto, mandé llamar á un escribano, el que en un cuarto de hora, había ya llenado su deber.

(1) Después de este acto, hallándonos los dos solos, con una apacible serenidad, pero con débil y entrecortada voz, me dijo: «mi fiel amigo, voy á contarte lo que me sucedió desde el feliz momento de nuestra separación hasta el fatal instante en que me habeis hallado herido. Mientras perseguía junto con vosotros aquella bandada de perdices, se fijaron involuntariamente mis ojos en un objeto que se dejaba ver entre los olivos; movido de un natural presentimiento, empecé á mirarle con mas atención, y apesar de la distancia que nos separaba, reconocí en aquella figura humana á mi bella María.—Desde aquel momento, me separé maquinalmente de la línea de dirección que llevábamos, y sin saber ni imaginar como, y probablemente sin ser visto de nadie, me vi introducido en una rústica cabaña. Ah! me es imposible describirte aquel dulce placer, aquel indefinible arrobamiento de que estaba inundada mi alma, en la contemplación de

aquel ángel puro, de aquella tierna criatura ocupada su blanca mano, en arrancar de la tierra la inútil yerba.—Impelido del amor, saqué del zurrón mi cuchillo de monte, y mientras estaba embebecido dibujando con su afilada punta el dulce nombre de María, en una no muy pulida piedra, unida entre las que formaban la tosca pared de aquel refugio, vinieron á herir mis oídos unas voces roncadas, extrañas, amenazadoras, mezcladas con los lastimeros gritos de ayuda!... socorro!...—Ya puedes figurarte mi sorpresa y el furor que se apoderó de mí al ver por la portezuela de la cabaña á aquellos cuatro asesinos que procuraban ahogar la voz de María arrastrándola tras sí.—Tenía descargada mi escopeta de dos cañones; con extraordinaria prontitud fueron cargados con bala; salí, salté en una especie de barranco; corrí, y sin ser visto, me hallé á poco trecho de aquellos malvados.—Encaré mi escopeta al que estaba mas separado de María, sonó el tiro, y cayó el infame; apunté á otro, y á la súbita detonación vile también morder la tierra.—Los otros dos restantes, viéndose á sus compañeros, que ensangrentados rodaban á sus pies, y que iban á ser perseguidos por la gente de aquellas inmediaciones, soltaron aquella bella presa, y huyeron, no sin dispararme ántes sus carabinas, y caí herido.»—La última parte de esta triste y corta narración, pronunciada con una energía impropia de un hombre que se halla en semejante estado, abatió mucho á mi amigo.—Dijome que necesitaba de descanso y que puesto que yo tenia necesidad también de él, me suplicó me retirara.

Fuíme á mi casa, no muy distante de la de mi amigo y luego me acosté.—Agitado por los mas negros y aciagos presentimientos sobre su deprecable situación, no podia conciliar el sueño de que tanto ne-

(1) Legó á María parte de una cantidad de dinero, de que podía disponer.

cesitaba.—Cansada ya mi imaginacion con tan lúgubres ideas, y á favor del bramido del viento Norte que arreciaba, iba ya á adormecerme, cuando al ruido de dos fuertes aldabazos á mi puerta y á la aguda y conocida voz de un hombre que en tan avanzada hora y en tan cruda noche conducia á aquel fiel criado á mi casa, abríle y con trémula voz me dijo; Sr., vengo de órden de mi moribundo amo á deciros, que os sirvais acompañar á Maria á su casa...de vos espera este favor...su última hora se acerca y solo desea verla y veros.— Volé al instante á casa de Maria que, como si fuera sabedora de la triste situacion de su amante, halléla en la mas lastimosa actitud.—Una luz colgada en un ángulo de su aposento proyectaba sus débiles rayos sobre aquella encantadora imágen que permanecia sentada junto á su cama sobre la que posaba su delicada y hermosa cabeza. Su vestido desordenado, sus luengos y desmelenados cabellos muellemente esparcidos sobre sus bien contorneados hombros, la palidez de su bello semblante bañado de amargas lágrimas y los fuertes y redoblados latidos de su corazon eran claros indicios de que por aquella mente cruzaban espantosas imágenes; de que aquella tierna alma estaba cruelmente combatida por el mas acerbo dolor.— Al ruido que hice al entrar en el aposento acompañado de su padre; se levantó azorada y fijando en mi sus lánguidos y llorosos ojos, con tono triste me dijo; ¿acaso venis bondadoso jóven, para darme la fatal noticia de que ya habrá espirado vuestro amable amigo ó de que está cercano el término de sus para mi preciosos dias?...No, candorosa Maria le respondí, no te entregues con tanta facilidad á tan funestas predicciones; el objeto de mi venida solo es decirte que desea verte y... si, interrumpióme con la mayor tristeza, acaso desea verme por postrera vez... pues bien, partamos

ay!! á lo ménos tendré el triste y amargo consuelo de darle mi último á Dios!!! Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento tan doloroso que traspasaron mi corazon y enmudecí.— Cubri con mi capa aquel ser debilitado por la amargura para preservarle del escesivo frio que se hacia sentir, y apoyada en los brazos de su padre y en los míos, salimos de aquella casa con direccion á la de mi amigo.

Era la una de la noche; el viento Norte continuaba soplando con extraordinaria furia, y á no ser por su sordo y continuo bramido, reinaba en aquellas solitarias calles, majestuosamente iluminadas por la claridad de la Luna de Diciembre, un silencio profundo solo interrumpido de tanto en tanto por el áspero rechinar de alguna puerta, y por el pavoroso y lúgubre sonido de la campana, cuyo badajo, mecido por la fuerza del viento, iba á veces á dar contra su cóncavo borde.—Nuestra marcha silenciosa y lenta, á causa del descaecimiento de fuerza que iba experimentando Maria y en medio de una noche fria de invierno y como se acaba de describir tenia no sé qué de aterrador á la par que sublime.— Llegamos por fin con harto trabajo á la casa del jóven C.; la puerta exterior se abrió al ruido de nuestros lentos pasos, detras de ella vimos una muger adornada de su vestido negro y con gran rosario en su mano, nada nos dijo aquella vieja setentona: solo interrumpió su fervoroso rezo para indicarnos que guardásemos silencio.—Subimos desasiéndome de los brazos de Maria y dejándola al cuidado de su padre, introdujeme en el aposento de mi amigo.—A aquella escena ofrecia á la vista de un diestro pintor, un cuadro tierno con que hacer resaltar su habilidad.

—En el pavimento estaba colocado un vaso, sobre el que fluctuaba una mariposa, que con su pálida y débil luz bañaba los tristes objetos que rodeaban á aque-

lecho del dolor.—A la cabecera de la cama se veía recostada aquella tierna, afligida y llorosa madre, cuyo lacerado corazón exhalaba de tanto en tanto algún reprimido suspiro.—A la parte opuesta permanecía en pié un hombre, en cuyo semblante estaba marcada la venerable huella de la vejez, el enfermero, que ansioso y tristemente estaba observando las mortales convulsiones del doliente.—Con paso lento me acercaba á aquel lecho, cuando paré á un pequeño golpe que sentí en mi pierna, bajé la vista y ví á mis pies otro objeto que por su calidad y postura me enterneció vivamente.

—Era un hermoso perro de aguas favorito de mi amigo que, al pasar cerca de él, me tocó ligeramente con su pata, como si con esto quisiera darme á entender aquel pobre animal, que él permanecía también allí, y que tomaba parte en nuestra general aflicción.—Este sensible cuadrúpedo, ántes solía venir á recibirme con mil festejos y agasajos; y entónces se le veía triste, inmóvil, fija en mí su vista dolorida, solo parecía que tenía el triste presentimiento de que la desapiadada muerte iba para siempre á arrebatarse su caro amo.—Al reparar en mi el jóven C., me alargó su debil brazo.—Se apoderó de mis miembros un frio y universal temblor; al estrechar aquella mano helada, al ver aquel rostro de un color cárdeno, precursor de la muerte, salpicado de sangre; y á la penetrante mirada que me dirigieron aquellos ojos alterados, mas de una lágrima involuntaria sentí correr por mis mejillas.—Con voz apagada me preguntó por Maria, y al decirle que ya estaba allí, continuó; «ya ves, mi caro amigo, ya ha llegado mi última hora.... te ruego que hagas entrar á Maria y á toda mi cara familia... deseo daros mi último á Dios.

Fui pronto á buscar á Maria, que como si fuera parte de la familia, estaba

en una pequeña estancia, mezclada con ella, confundiendo sus lágrimas, suspiros y sollozos.—Sostenida en mis brazos, con paso incierto y vacilante, me siguió hasta el aposento del moribundo; tras nosotros venian dos hermanos de mi amigo tristes silenciosos; los otros dos se quedaron por no ser testigos de tan triste espectáculo.—Al entrar Maria, corrió á la cabecera de aquel lecho; pálida, trémula, desfallecida tomó la mano de su amante, bañándola con amargas lágrimas, que en abundancia se desprendian de sus hermosos ojos.—Jamás apareció tan bella aquella desolada jóven.—La vista de su caro amante en tan horroroso estado, rodeado de las sombras de la muerte, hirió en lo mas hondo de su corazón imprimiendo á la vez en su semblante una viva espresion de amor, de gratitud y de amargura.—Dirijiéndose á ella mi amigo, con apagada voz y lastimero acento la dijo. «Ah!! mi cara Maria y cuan presto la muerte va á arrebatarme de tus amorosos brazos!!!! Ay!! de aquí á pocos instantes ya no sentiré esas ardorosas lágrimas, que ahora humedecen y dan calor pasajero á mi helada mano, ya no percibiré el suave tacto de la tuya, que aun en este momento reanima mi debilitado espíritu, ya jamas oiré el dulce metal de tu voz, ya nunca veré esa candorosa imágen, que fué mi vida!!!!....» y viendo que á estas sentidas espresiones redoblaba su llanto, continuó; «no te aflijas, Maria mia, enjuga, enjuga esas lágrimas, pues la sola idea de haber dado mi vida por la salvacion de tu honor, y tal vez por la tuya, hace que me sea ménos dolorosa nuestra eterna separacion.»

Volvióse despues á su madre y le dijo; «consólaos, madre mia, no cedáis tanto al torrente del dolor que martiriza vuestro corazón y desgarrá el mio... verdad es... habeis perdido un esposo ama-

ble y ahora va á faltaros vuestro caro hijo, pero en recompensa, os quedan otros, que procurarán complaceros, aliviarán vuestra pena y llenarán en parte el triste vacío que la odiosa muerte os dejará, arrebataándoos á uno de vuestros mas caros objetos.—Mirad, mirad esas lágrimas; ellas os dicen que tienen un corazón sensible y «...no pudo continuar mas.—Durante algunos instantes reinó en aquella estancia un silencio sepulcral, solo se oía el triste lloro de aquellos mudos espectadores, cuya voz ahogaba un sentimiento imperioso, al contemplar aquella escena de dolor y de agonía.—Después, semejante al último destello de luz, que solo se aviva un instante para no aparecer mas, lanzó mi amigo una fatídica mirada á aquellos á quien iba dirigida su voz y dijo; á Dios, mi caro amigo, á Dios, mi tierna madre y hermanos míos, á Dios para siempre, mi adorada María, solo te ruego, que conserves tiernamente mi memoria.—Dijo y espiró.—Así terminó sus días mi virtuoso amigo, digno por cierto de mejor suerte, dejando en esta vida á su familia inconsolable, á su amante sumida en la amargura y la más cruel desesperación; y á mí con el corazón traspasado de dolor.

Al cabo de algunos días se veía por aquellas calles correr vagarosa una jóven de pálidas y descarnadas facciones, de ojos hundidos y de una mirada incierta y terrible.... el pueblo la contemplaba en silencio y con la mayor tristura.... era María que se habia vuelto loca.—*J. M. C.*

LA COPA ENVENENADA.

A principios del undécimo siglo, Almanzor, Rey moro de Córdoba, con-

cibió el proyecto de apoderarse de la Castilla, gobernada entonces por doña Ava, viuda del último conde de esta provincia. La realización de semejante proyecto presentaba grandes dificultades, porque la condesa tenia un hijo adolescente, á quien el derecho de su nacimiento aseguraba la soberanía, y era el ídolo del pueblo castellano. El moro no retrocedió delante de estos obstáculos. Habiendo logrado inspirar un amor apasionado á la condesa, supo aprovecharse de él, en beneficio de sus ambiciosas miras. Sus armas no encontraron ya resistencia: penetró en Castilla con el pretexto de concluir un tratado de paz y amistad con este estado, y poco á poco fué revelando á la condesa sus secretos designios. Esta se negaba á ayudarle en ellos, y él la amenazó con una separación eterna.

Almanzor era muy astuto y no desconocia el gran partido que de semejante amenaza podia sacar. En efecto, vencida, fanatizada por el amor que la devoraba, sin poder hacer uso de su razon, y cediendo á la dulce esperanza de ser la esposa de Almanzor, prometió Doña Ava cometer el horrible crimen que de ella exigia; prometió el sacrificio de su propio hijo.

Como se acercaba el día señalado para firmar el tratado, el jóven conde D. Sancho García, hizo preparar un espléndido banquete para celebrar este acontecimiento.

Fueron convidados á él los principales castellanos, y todo el mundo aguardaba el día con alegre impaciencia. No puede decirse otro tanto de la condesa, cuya ansiedad y agitación aumentaba á medida que el momento se iba acercando.

El pérfido moro habia decidido que el jóven muriese envenenado, género de muerte que el consideraba ménos susceptible de despertar sospechas. Gran conocedor de las propiedades de las plan-

tas, habia preparado por su propia mano los jugos venenosos.

Habia en palacio una copa de oro, á la que los condes de Castilla profesaban cierta veneracion; las ideas de libertad que ella recordaba, hacian grata y sagrada para los castellanos. Solo los príncipes podian servirse de ella en las grandes solemnidades ó en alguna circunstancia importante. En esta copa debia Doña Ava echar el licor homicida preparado por el traidor Almanzor.

Llegó por fin el dia fatal. Un inmenso gentío, pululaba por las calles de Búrgos, atraído por el deseo de asistir á la ceremonia.

El conde y Almanzor, cubiertos de ricos vestidos y seguidos de los principales habitantes de la ciudad, atravesaban en pomposo cortejo los diferentes cuarteles; durante este tiempo, la condesa sufría todos los tormentos que pueden destrozár el alma de una madre. Pero era demasiado tarde para retroceder. Un poder infernal la empujaba hácia el abismo. Acallando los últimos gritos de su conciencia, tomó el veneno y se precipitó en la sala del banquete.

Por algun tiempo contempló, en una cruel inmovilidad, la silla de su víctima y la del traidor Almanzor. Mil pensamientos tumultuosos resbalaron á la vez por su imaginacion. En este horroroso momento hirieron sus oídos alegres clamores que anunciaban la llegada del conde con su numerosa comitiva. La crisis habia llegado. Con la energia de la desesperacion se lanzó á la mesa, dirigió una mirada rápida á la copa y se detuvo; su corazon estaba oprimido: sus ojos no veian mas que al través de una densa nube los objetos que la rodeaban, sus rodillas temblaban: pero este era el último aviso de su conciencia, la postrera lucha de su ángel con el espíritu de las tinieblas. La copa recibió el ve-

nenol... De este modo, una muger, una madre, renunciando al sentimiento mas dulce de la naturaleza, acababa de preparar con sus propias manos el sepulcro á su hijo. El eco de la sala repitió el ruido de los pasos de esta muger delincuente, que se alejaba furtivamente del teatro de su crimen; á este ruido siguió un silencio profundo, pero duró poco; la multitud se precipitó en la sala, y resonaron mil aclamaciones de todas partes.

Empezó el festin. El moro se sentó, y sus ojos espiaban con ansiedad la expresion de los de la condesa. Don Sancho Garcia se levantó, tomó la copa, y volviéndose á los convidados:

«Nobles castellanos, dijo, este dia solemne está destinado á ratificar el tratado de amistad que hemos concluido con el noble Rey de Córdoba, nuestro valiente aliado. Quiero empeñarle mi fé bebiendo en esta copa sagrada. Plegue al Cielo colmarle de prosperidad!

Mientras que el príncipe pronunciaba estas palabras, los sentimientos de la condesa experimentaban una revolucion extraordinaria. Sus ojos lanzaban sombras y salvages miradas; su seno estaba terriblemente agitado, y en su rostro estaban gravadas las huellas de horrosos combates interiores. El conde notó el estado de su madre. Dejó la copa encima de la mesa que acababa de llevar á los labios, y se informó con tierna solicitud, acerca de la causa de la agitacion extraordinaria que advertia en ella. La voz de su hijo, el interes con que la preguntaba, aumentaron las congojas y angustias de la condesa. En el desórden de sus pensamientos, turbada por los remordimientos, el temor, la piedad, el horror y la desesperacion, le era difícil encontrar una contestacion conveniente: consiguió, sin embargo, tranquilizar á su hijo, y persuadirle de que

D. Ramon de Pignatelli.

acababa de ser atacada por una súbita indisposicion que no debia inquietarle.

Tranquilizado el príncipe, tomó la copa y renovó al moro sus protestas de amistad. Almanzor le manifestó su agradecimiento con toda la apariencia de la sinceridad; pero en sus miradas, que se fijaban ya en la copa, ya en la condesa, brillaba una alegría feroz. La candorosa confianza de D. Sancho, y la doblez de Almanzor, aumentaron las congojas de Doña Ava. El príncipe llevó la copa fatal á sus labios. Oyose un grito aterrador. Todas las miradas se volvieron hácia la condesa, que exclamó en medio de un delirio horroroso: «No bebas hijo mio, no bebas; este licor es mortal.» Y haciendo un esfuerzo arrancó la copa de las manos de D. Sancho, la apuró y se echó á llorar.

Las fuerzas de la naturaleza estaban agotadas; la ceguedad de una pasion criminal se habia disipado, y las lágrimas de la condesa atestiguaban que todos los sentimientos de una mujer y de una madre habian vuelto á su corazon. Abrazó á su hijo, y, con todos los transportes del amor maternal, le estrechó contra su seno, contra aquel mismo seno que habia alimentado el odioso proyecto de envenenarle, pero que muy pronto debía recibir el premio de su crimen.

«Hijo mio! querido hijo mio! exclamó sollozando, ántes de dejar este mundo, ántes de que mi alma vuele al tribunal de la eternidad, dignate decirme que me perdonas. En un acceso de amor y de frenesí, he accedido á las infames sugestiones de tu perfido huesped. Ojalá espíen mi crimen el horror y la venganza de mi muerte! Ah! D. Sancho; querido hijo mio, desconfía de ese bárbaro moro; queria arrebatarte la corona. O yo... recuerdo amargo! yo he podido acceder á ser su cómplice... Pero los momentos son cortos; el veneno abrasa y seca ya mis venas. Perdon, hijo mio, perdon, no niegues á tu moribunda madre el único consuelo que puede llevar á la tumba!»

Y en medio de la mas despedazadora agonía, exhaló el postrer suspiro entre los brazos de su hijo, cuyas lágrimas rociaron su cadáver.

El hombre de quien vamos á hablar es uno de los que mas han merecido el aprecio de los aragoneses por el extraordinario celo con que trabajó toda su vida por el bien de sus semejantes y por la prosperidad de su pais, habiendo existido muy pocos mortales que puedan disputarle el distinguido lugar á que se ha hecho acreedor en la historia de los hombres útiles á la humanidad. D. Ramon Pignatelli, hijo de D. Antonio y de doña María Francisca de Moncayo, nació en Zaragoza en el año 1734. Sus padres reconocieron en él la aficion estremada que tenia por el estudio y procuraron darle una esmera la educacion. Con este objeto y despues de haberlos instruido en todo lo que se requiere para poder curar estudios mayores le enviaron al colegio elementino de Roma donde se dedicó con afán á la filosofía y á las ciencias exactas y naturales ademas del derecho canónico que estudiaba con el fin de seguir la carrera sacerdotal. A la edad de 19 años le confirió Benedicto XIV, un canonicato en la iglesia metropolitana de Zaragoza, y vino en seguida á tomar posesion de él. Desde esta edad hasta la de 29 años se desarrollaron en él aquel genio fuerte, aquella grandeza de alma y aquella firme constancia que tanto le caracterizaron y que tan bien se dejaron ver cuando estuvo á su cargo la realizacion de una infinidad de proyectos grandiosos que sin pavora determinó llevar á cabo. En los cuatro años que rigió la Universidad, hizo en ella varias mejoras, estimuló á la juventud que concurría á sus aulas y dió diferente giro á algunos métodos viciosos de enseñanza que hasta entónces se habian seguido. Pero cuando mas principiá á conocerse el genio de Pignatelli, fué á los 30 años de su edad en el de 1764 en que lo nombraron regidor de la casa de Misericordia. Lo primero que hizo al aceptar este cargo, fué ir á visitar la sobredicha casa. No halló en ella mas que miseria; el edificio en que moraban los pobres era muy reducido para contenerlos á todos, siendo ademas muy escasos los fondos que existian para atender á su subsistencia. Inme-

diatamente se dedicó á buscar varios arbitrios, ocurriéndole entre otros la construcción de una plaza que sirviera para las corridas de toros y que intentó edificar á pesar de encontrarse sin caudales. A fines de Junio de 1764, se echaron los cimientos de ella y ya al 8 de Setiembre del mismo año se verificó la primera corrida con asombro de los zaragozanos, que la habian visto contruir en ménos de tres meses. No pararon aquí los trabajos de Pignatelli para poner en planta la casa de Misericordia; sino que hizo tambien el plan de un edificio magnífico, que principió á fabricarse en 4 de enero de 1777, que hoy admiran los zaragozanos. Estableció al mismo tiempo en él varios talleres de artes y oficios, en que se instruyen los pobres que abriga en su seno, mejorando de este modo la suerte de estos infelices que ántes vieron tan desatendida.

Al mismo tiempo que se ocupaban en la construcción de este hospicio, iba preparando Pignatelli, los trabajos necesarios para llevar á cabo la grande obra del canal imperial, del que habia sido nombrado protector en 1772, con amplias facultades concedidas por Carlos III, para regir los trabajos que se hicieran en él. Hasta entónces, ninguno habia podido realizar la grande empresa de la acequia construida por Carlos V. de un canal de navegacion. Se habian hecho gastos dispendiosos que uingun fruto habian producido y ya todos desesperaban de poder dar cima á un proyecto inasequible cuando el genio atrevido de Pignatelli, se propuso conseguir lo que tantos hombres no habian podido hacer. Principió por destruir los trabajos hechos por la compañía Badin, que quedó estinguida, y dió principio á una presa en el Ebro, á tres cuartos de legua mas abajo de Tudela. Aquí asombró á todos la constancia y laboriosidad de Pignatelli, que resistió á mil obstáculos que se oponian á su obra. Sesenta veces las avenidas del río desbarataron la mayor parte de los trabajos hechos, y otras tantas volvió Pignatelli á edificar lo destruido. Doce años se emplearon para dejar la presa concluida, pero entre tanto se habia escavado una gran parte del canal, de modo que en el año 1793 quedaba corriente la obra para la navegacion hasta media legua mas abajo de Torrero. Este año fué el último de la vida de Pignatelli, quien sucumbió el 30 de Junio de edad de 59

años. Desde entónces se han adelantado muy poco los trabajos y pasará mucho tiempo ántes que se vea realizado el gran proyecto de la union de ámbos mares, si no aparece un genio como el del grande hombre cuya biografía hemos trazado. Pignatelli fué nombrado caballero pensionado de la real y distinguida orden de Carlos III; era académico de la de San Fernando y sumiller de cortina de S. M. Su estatura era colosal, pues pasaba de seis pies; esto unido á la severidad de su semblante, le daba un aspecto que en nada desdecia de la grandeza de su carácter. Mucho deben los aragoneses á este grande hombre, que hermoseó Zaragoza y sus cercanías con algunos edificios cuyos planos trazó, como fueron el palacio arzobispal, el hospicio de la Misericordia y las elegantes casas de Torrero y de la Casa Blanca. Los paseos frondosos que adornan el exterior de la ciudad, son tambien obra de él; y ultimamente, Pignatelli enriqueció al Aragon, activó el comercio, despertó en la juventud zaragozana el amor al estudio y socorrió de un modo extraordinario las necesidades del pobre; le dió un abrigo y le proporcionó los medios de subsistir decorosamente.

BIBLIOGRAFIA.

LA HOMEOPATIA,

PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL

MUNDO,

por Luis Fleury,

Antiguo cirujano del hospital de San Lázaro, &c.

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellon en las librerías de Hortal y Compañía, Féros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la REVISTA MEDICA.

EL GAYUMBO DE LOS MENORISTAS

O LA VISPERA

DE SAN PEDRO EN PUERTO REAL.

Novela original á sets reales el tomo en rústica para los suscritores á la coleccion en Cádiz: siete para los de fuera, y ocho en pasta.

Esta novela que es enteramente nacio-

nal, en donde se describen las populares y nombradas funciones de tan célebre velada, es la segunda de la coleccion de novelas originales, titulada Biblioteca de Señoritas, y se dará á luz, inmediatamente que se reúna el número competente de suscritores, en cuyo caso seguirán á la mayor brevedad las del Cercor de Zamora, Felipe II en Sevilla, y otras varias.

Los Señores de fuera que gusten suscribirse, lo verificarán en los puntos donde se despacha el Panorama Universal. En Cádiz en la redaccion de la Revista Gaditana.

CAMINOS DE HIERRO.

En el Railway times número 129 de 20 Junio se halla la siguiente curiosa noticia comparativa de los tres grandescaminos de hierro de Inglaterra.

	Birmingham que esta completo, y tiene 112 y media millas.	Great Western de 118 millas de que hay 58 en uso.	South Western que está completo y tiene 76 millas.
Capital invertido. Libs. esterlinas .	5,625.000	5,500.000	1,976.000
Ha costado cada milla á	50.000	46.000	26.000
Ha producido en la semana primera de Junio	16.674	5.503	6.226
Corresponde á cada milla.	148	96	82
Equivale el producto por cada milla al año	7.696	4.992	4.264
Resulta respecto al capital el producto anual á	15 ⁴⁰ / ₁₀₀ p 8	10 ⁴⁰ / ₁₀₀	16 ¹⁰ / ₁₀₀

Admira que el camino de Birmingham produzca cada dia doce mil pesos fuertes, siendo casi todo producto de pasajeros, puesto que las mercaderías apenas forman la décima parte del ingreso.

Es de notar la gran diferencia de costo, siendo en el último casi la mitad que en el primero, lo cual proviene de las mayores ó menores dificultades que hay que vencer para la nivelacion, por puentes, tunnels, corte de montañas, ríos, &c.

De todos modos, cada legua española resulta á razon de cuatrocientos mil pesos fuertes en el mas barato, y esto en el pais donde todos los materiales son mas abundantes y de ménos precio.